



REVISTA EDITADA POR LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE MADRID.

EXPLICACIÓN DE LA PORTADA

Alcalá de Henares, en el «Día de la Provincia»

Las piedras de Alcalá de Henares venían durmiendo el sueño de los siglos, tal vez un poco olvidadas por los hombres. La gloria se había posado en ellas y las había ungido para la Historia. Pero impresas para siempre en sus páginas, estaban ignoradas por muchos y contempladas con indiferencia por otros.

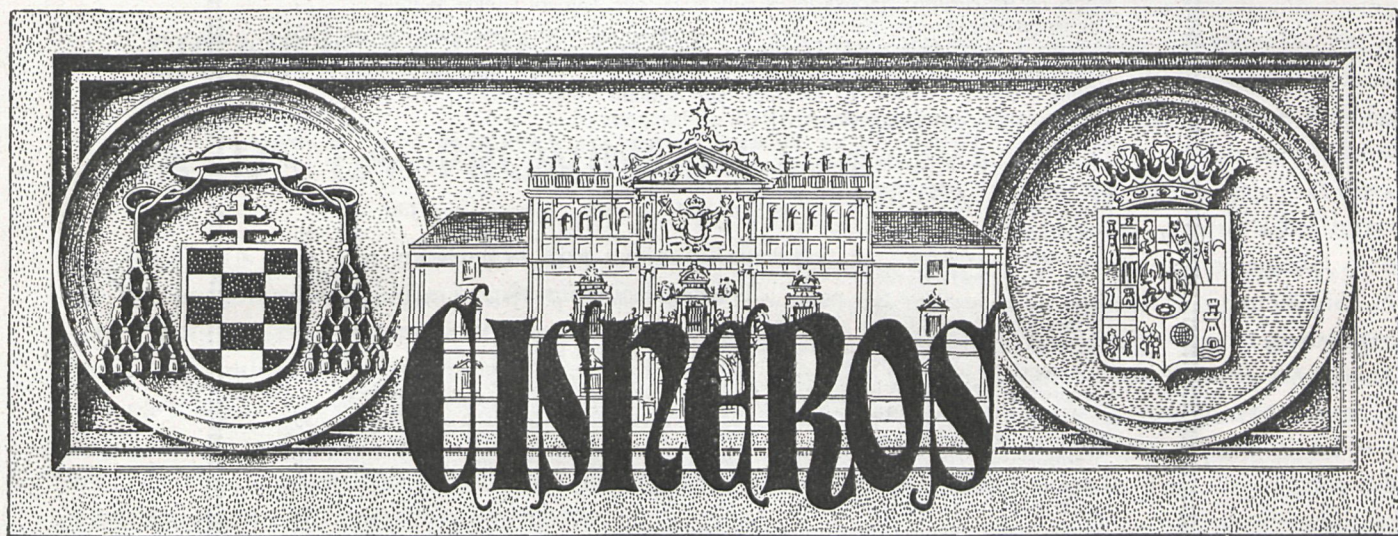
La Diputación Provincial de Madrid acordó dedicar el «Día de la Provincia» en el presente año al partido judicial de Alcalá de Henares. Y la historia de Alcalá y toda su riqueza monumental y artística se colocaron, de nuevo, en un primer plano de actualidad. Una actualidad que puso de manifiesto a quienes lo ignoraban, e hizo recordar a quienes estaban en el camino del olvido, la gloria y la belleza de un pueblo de la provincia de Madrid.

La Alcalá de Henares, la vieja Compluto, había dejado huellas perdurables en la Historia. Ella fué hito importante en las calzadas militares romanas; sus tierras empaparon con la sangre derramada en el martirio por los santos niños Justo y Pastor. La antigua Neo Compluto, rescatada a los árabes en 1118 por el Arzobispo don Bernardo bajo el reinado de Alfonso VI, crece y eleva sus templos y ensancha sus muros. Se alza el palacio arzobispal, hoy convertido en Seminario, y el Médicis español, que fué el arzobispo Fonseca, deja amplia y profunda huella de su paso en las maravillas de sus patios y artesonados.

Pero fué el año de 1498 el que registra el acontecimiento más importante en la vida de Alcalá de Henares. En ese año, el Cardenal Francisco Jiménez de Cisneros pone la primera piedra de la Universidad complutense. Como un símbolo de la humildad y pobreza franciscanas, Cisneros amasó con arena estos muros. A su vista, el Rey Católico, don Fernando, pro-

(Sigue en la contraportada interior.)

REVISTA EDITADA POR LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE MADRID



CRÓNICA PROVINCIAL

Presidente del Consejo de Redacción: FRANCISCO CASARES SÁNCHEZ

Director: ANTONIO GULLÓN WALKER





SUMARIO

Págs.

Explicación de las portadas: Alcalá de Henares en el «Día de la Provincia», por Gerardo de Nárdiz.	
Editorial: Significación del «Día de la Provincia»	3
Modas y modos, por Mary Luz Merelo Burell	4
Notas de un curioso: Innovaciones culinarias, por Antonio Gullón Walker	4
Corrientes migratorias, por F. C.	5
Informe de actividades de la Diputación Provincial	7
Solemne conmemoración del «Día de la Provincia»	9
Estampa vieja: El rodar de los años, por Antonto Velasco Zazo	14
Un reportaje cinematográfico: «Alcalá de Henares»	17
Acotaciones: Cooperación, por Francisco Casares	18
Con el Colegio de las Mercedes en el Monasterio de La Rábida, por F. M. A.	19
La Diputación estrena edificio, por Urbano Méndez	21
Pensamientos famosos que no se han hecho famosos todavía, por José de Córdova	26
Contrastes navideños: La Nochebuena en la paz y en la revolución, por M. Barbeito-Herrera	27
Notas de mi archivo: Las Plazas de Toros de Madrid, por José María Gutiérrez Ballesteros, Conde de Colombi	29
Notas de un madrileño: De la calle Alcalá a Alcalá de Henares, por Juan Sampelayo	31
Castillos de Madrid: Villafranca o el castillo desconocido de la provincia, por Alfonso Quintano Ripollés	33
Mesonero Romano, en el Concejo madrileño, «Figarón», Bretón de los Herreros y el Hospicio de Madrid, por Emilio Reverter Alonso	36
Aquel noviembre de hace veinte años, por Argimiro Torrecilla	37
Palabras para el año nuevo	39
Teatro en la provincia, por José Luis Quintanilla	40
Madrid Villa y Corte: Un armenio, rey y señor de Madrid, por E. Méndez-Conde	43
Cinco siglos de actuación al servicio del agricultor demuestran la vitalidad de los Pósitos agrícolas, por Juan Carlos de Cárdenas	45
España en América: El ecuatoriano Arias, un gran cantor de Madrid, por José Sanz Díaz	47
Ilustradores del Quijote, por Justo García Morales	49
El Depósito Central de Farmacia de la Diputación, gran abastecedor de sus clínicas y establecimientos, por U. M.	53
Hacia una revisión de la organización administrativa territorial, por Juan Luis de Simón Tobalina	55
La causa inmediata de la muerte de Jesucristo y la sábana santa de Torres de la Alameda, por el Dr. Antonio Cantó y Téllez	56
Premios del Concurso periodístico 1956 y de monografías históricas	60
Reforma profunda en la nueva ley de lo Contencioso	60
El doctor Marañón, Premio «March», por Angel Bolado Allende	65
Ex cautivos por Dios y por España ante el Papa, por Lucas González Herrero	66
Información provincial	68
Plenos de la Corporación provincial	69
Apuntes matritenses: Anverso y reverso de Madrid, por Mariano Sánchez de Palacios	72
Proyecto de mejoras a los accesos de Madrid	74
La voz que nunca se extingue, por G. de N.	75
Dos fechas, por Luis López de Castro	76
Facetas del pensamiento: Esencia y contorno del Teatro, por F. Ferrari Billoch	81
Dos hijos de Cobeña participaron en la conquista de Córdoba por Fernando III, por Francisco Hernández Morcillo	84

Dibujos de Laffite, Ugalde, Nando y López Pined.

Reportajes gráficos: Rogelio Leal.

Fotografías de las portadas y en color: Loygorri.

EDITORIAL

SIGNIFICACION DEL "DIA DE LA PROVINCIA"

NINGUN aire nos parece tan fino como el de nuestra tierra, ningún césped más tierno que el suyo, ninguna música comparable a la de sus arroyos». Así traduce su pensamiento José Antonio cuando, para llegar a la entraña del concepto Patria, desarrolla su elegante símil de la gaita y la lira. «No plantemos nuestros amores esenciales en el césped que ha visto marchitar tantas primaveras; tendámoslos, como líneas sin peso y sin volumen, hacia el ámbito eterno donde cantan los números su canción exacta. La canción que mide la lira, rica en empresas...» «Sin la presencia de la fe en nuestro destino común, todo se disuelve en comarcas nativas, en sabores y colores locales. Calla la lira y suena la gaita.»

Aquí está la gran clave estructural del «Día de la Provincia». Aún se adivinan los pasos quedos del estío que se aleja, y es ya la dulce iniciación de la otoñada madrileña, cuando en uno de sus partidos —que deja de ser partido para ser entero— el todo y la fracción se encuentran y se abrazan en tan estrecho abrazo que ya será difícil distinguir dónde acaba el ser de uno y empieza el de la otra. Los genios de la disgregación que se esconden bajo los hongos de cada aldea, se desvanecerán de modo fulminante, porque sobre el erroyo, el césped, la canción y la gaita empieza a decir su melodía la lira de las altas empresas colectivas.

Al modo de un puente inmaterial entre el pasado y el presente, y aun proyectando su atrevida arquitectura hacia lo venidero, el «Día de la Provincia» apoya su primera arcada en la piedra milenaria y la última en la aérea fábrica de una instalación radiodifusora. La grave enfermedad de nuestro tiempo —el éxodo del campo a la ciudad, la intensa anemia de lo rural—

cambia el signo de su dinámica, y a muchos, a casi todos de los atónitos contempladores, les maravilla saber que aquel villorrio —«682 habitantes de hecho y 705 de derecho» en la pura estadística— es nada menos que «un pueblo muy antiguo, muy principal e de mucha cuenta», y que bajo el suelo sobre el que ahora se extienden las mieses duermen viejas monedas y edificios de otro Imperio, y duermen también su glorioso sueño de siglos los huesos de recios castellanos que lucharon hasta la muerte por su independencia y por la del maravillado viajero que hasta ahora no entendía el claro y dulce son de la lira española.

Mas el lírico soñar no se agota en la pulsación de esta estricta cuerda en que vibran los ecos de la fábula y la historia. Hay más tonos intensos y vitales: la amplia resonancia de los motores industriales, el agro cultivado con mimo y con esmero, la casa comunal, la danza, la poesía, el teatro y, en definitiva, el pueblo: el niño, la vieja, el mozo, el hacendado, el bracero, el intelectual, el hombre en toda su plena dimensión ontológica, que se siente auténtico en su verdadera proximidad, codo a codo con su prójimo —el otro vecino y el hombre de la ciudad—, porque sobre toda esa armoniosa trabazón de materia y de espíritu, de teoría y de realidad, cruza el aire de la tierra elegida el alto y claro signo de la unidad española, el gozoso reencuentro de los miembros de una familia tradicionalmente distanciada por la incuria secular. Ha desaparecido la doble losa de la España chata que cerraba el vuelo a la España de estilo airoso y de universales destinos: el pueblo, la villa, la aldea, el centro urbano se ven por unas jornadas ascendidos al plano gozoso de la popularidad y exhiben con garbo y con orgullo sus galas, sus tesoros, el ayer y el hoy, promesa del mañana aún mejor.

En esta acumulación potencial de energías revalorizadas estará el centro impulsor para más altas empresas futuras, porque más allá del color y del sabor local vive la fe en una empresa y en una tarea común, que ascendiendo desde el hombre de España al total ser de España, concretará en el alto y eterno vértice las aspiraciones del todo, en esa gran fórmula cooperadora por la que las Diputaciones, de la mano del Estado y de la de los entes municipales, juegan al juego del gran quehacer nacional común y que, en ese aspecto concreto del «Día de la Provincia» alcanza la más poética y real expresión en que se realiza la teoría de las leyes actuales, porque junto a los materiales servicios públicos comunales nace ese otro gran servicio traductor de intereses, ideales y aspiraciones inmateriales que la Diputación de Madrid expresa en esa muestra gallarda e integral del «Día de la Provincia».



MODAS Y MODOS

SIEMPRE la moda se ha distinguido por su versatilidad y, no pocas veces, por su extravagancia. Este fenómeno se ha dado en todos los tiempos y en todas las latitudes del mundo, tanto civilizado como salvaje. Y que esto es así lo prueba que aún perduran reminiscencias de lejanos tiempos y países remotos, que no otra cosa que reminiscencias son los pendientes que lucen nuestras damas, ya conservando su pura etimología o quebrantándola al adherirlos con un clip al glóbulo de la oreja. Igual podemos decir de las pulseras, anillos y collares.

La mujer tuvo siempre especial esmero en el adorno de sus cabellos, como si éstos constituyeran la corona de su imperio y de su belleza. Y notamos ahora el despropósito de que la mujer no ha compartido con el hombre la igualdad de categoría y de función hasta que se ha despojado de esa corona imperial de sus cabellos de oro o de ébano.

La prisa de estos tiempos modernos ha impuesto la simplificación de las cabelleras femeninas y ha segado aquellas hermosas matas de pelo de las que con tanta justicia como orgullo presumían nuestras abuelas. Está bien la siega en aras de la prisa y de la higiene; pero quizá se ha ido demasiado lejos en la siega. Nada hay que objetar a las onduladas permanentes, o las «colas de caballo» o a los bucles más o menos disimulados, pero lo que la estética no comprende es la belleza que puede haber en ese desorden desaliñado de esos pelos que pierden hasta su noble condición de cabellos, con que aparecen muchas jovencitas, dando la sensación de convalecientes del tifus. Muchas veces ni el sexo se adivina en el desorden de esas raquíticas melenas. Y para que la confusión ya sea perfecta, los guayabos masculinos, en compensación, se dejan crecer los cabellos que, arrancando de una ondulación no siempre natural, se recogen abundantemente hacia la nuca.

Otra manifestación de la actual extravagancia la constituyen esas prendas veraniegas de colores chillones, en forma de blusa, que visten muchos jóvenes, mientras las señoritas se embuten en pantalones varoniles. Para campo y playa, pasadera es la innovación, pero resulta llamativa y sin objeto práctico en la vida diaria de la ciudad.

Aun dentro de todas las tolerancias, hay que tener presente —y presente debieran tenerlo ellos y ellas— que lo que en unos es pasadero, en otros es ridículo: una respetable matrona metida en carnes no puede envolver sus grasas en la funda del pantalón sin hacer reír a la gente; un caballero granadito, con canas en las sienas, hará el payaso vistiendo un «mambo» de colores donde se lea la historia del Coyote.

En descargo de todas las anomalías de las modas, suele decirse que «sobre gustos no hay nada escrito», pero sobre este aforismo, como todos los aforismos, está el buen gusto, que es, en definitiva, lo que se debe tener presente para andar por el mundo entre nuestros semejantes.

Igual hemos de decir al referirnos a «los modos»: las reglas elementales de educación mínima no pueden vulnerarse sin que perezca esa misma educación y el respeto que unos a otros nos debemos.

Es tristemente frecuente tropezarse con grupos de imberbes mozalbetes, con el cigarro en la boca, escupiendo groserías obscenas a las señoras; caballeros —es un decir— que atropellan a niños y ancianos para conquistar en desigual lucha un asiento en el tranvía o en el «Metro»; clientes ante la «barra» de la cafetería que no se apartan y obligan a los demás a coger la taza por los aires; señores que entran en las oficinas sin saludar; supresión de aquellas frases de: «¿Tiene usted la bondad?» «¿Hace usted el favor?», para poner en su lugar estas otras: «¡Venga!»; «¡Vamos allá!»; «¡A ver qué pasa!»; «¡Vale!», etc. Transeúntes que se hacen los distraídos cuando un ciego o un impedido requiere auxilio para cruzar la calle; conquistadores de vía estrecha que asaetan a las mujeres cuando van con sus padres o maridos; insolentes que lanzan enormidades con el disfraz de piropos; tuteos a personas de respeto...; en fin, esa ausencia casi total de las buenas maneras que se va convirtiendo en el lema de estos tiempos. Y tan cierto es que ha precisado buscar un sustantivo nuevo para designar a tales personajes: gamberro.

Y el lector preguntará: «¿Qué remedio tiene todo esto?» Y la cronista contesta: educar con amor a los niños; con cuidado, a la juventud, y con el palo, a los adultos...

MARY-LUZ MERELO BURELL

Notas de un curioso



Innovaciones culinarias

Cierto que la alimentación es el problema que por antonomasia se puede titular universal. Pero justo es reconocer que al hombre le preocupa también el condimento del sustento diario. Que no es lo mismo comer unas patatas «zapateras» que otras debidamente acompañadas del rico y sabroso cordero con guisantes.

La carencia del pan tiene muchos inconvenientes; en cambio posee la gran alegría de la consecución y paladeo del «mendrug» que satisfaga nuestra necesidad. ¿Ocurrirá igualmente en el futuro? Mucho lo dudamos.

Los alimentos deshidratados y congelados que ya se fabrican entre nosotros, o que nos llegan de fuera, y los «precocinados», ya no alegran el paladar. Y esto no es nada, porque nos amenazan los «predigeridos», que tendremos que soportar cuando estemos enfermos... ¿Qué saldrán de esas instituciones americanas que llevan el nombre de «cocinas de investigación»? Es para echarse a temblar, principalmente las mujeres, que pierden con tales innovaciones un arma tan poderosa, como es la cocina, para conquistar al hombre. Pero yo creo que ellas tienen la culpa de estas modificaciones gastronómicas, por su constante tendencia a emanciparse del fogón. Se habla de las «balas nutritivas» que un investigador yanqui tiene en fabricación y que conservan sabores y exquisiteces culinarias; mas estimo que la cocina con humo, cocinera gorda y sisona, y olor de aceite, no ha de reportar más ratos agradables que los productos de laboratorio que en forma de píldoras pueda ofrecernos un sabio, por muy grandes que sean sus gafas de concha y por muy archivadas que estén sus ideas.

Los alimentos congelados: pescado, carne, frutas y verduras, y los precocinados estofados, tartas y «puddings» dispuestos para ser calentados, han perdido para el «gourmet» el encanto de lo inédito, siempre han tenido sabor a segunda edición, menos interesante por muy corregida y aumentada que esté. Y, para colmo, hasta en lo exterior han variado, y aquellas cestas de dos tapas que pomposamente paseaban nuestras cocineras han sido desplazadas por los envases aislantes de aluminio, y por las bolsas para compra, también aislantes.

Varias veces en la vida suele decirse que se desea morir. Reconozcamos que se ha abusado de esta figura de dicción, pero reconozcamos también que había que pensar en serio en morir cuando tengamos que llevar «condumio» en un tubo de cristal, como llevamos las tabletas contra la gripe.

ANTONIO GULLON WALKER

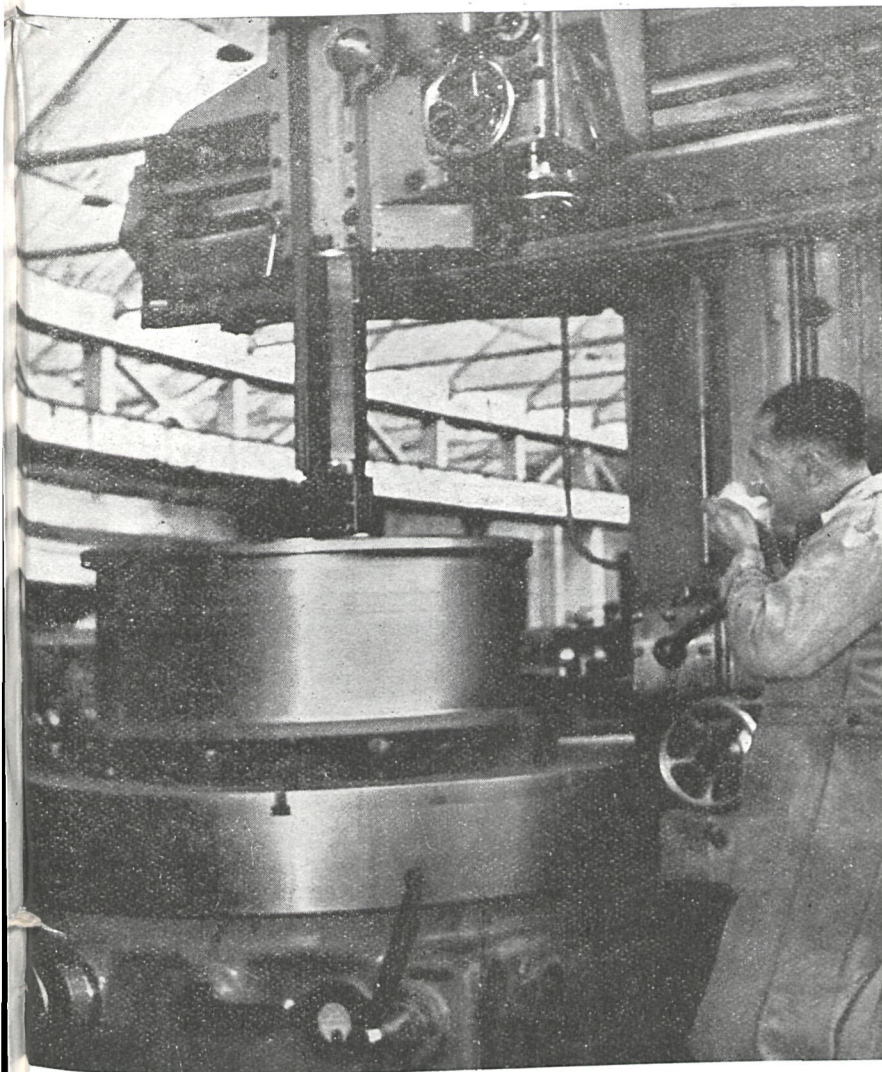
La ciudad atrae poderosamente al campesino, quien, por lo regular, no consigue en ella realizar sus sueños, creando una serie de problemas que trastornan incluso la vida de la ciudad que eligió, mientras quedan sus campos abandonados.



irresistible de la gran ciudad. Piensan que en ella encontrarán más anchos horizontes, posibilidad de situarse, trabajo y fortuna. La decepción se produce, casi siempre, inexorablemente. Y, al mismo tiempo, la llegada de esos contingentes agrava la crisis de habitabilidad, al significar una más dura competencia para el deseo humano, perfectamente lógico, de ubicarse, de tener hogar propio. En cuanto al trabajo, afortunadamente, en España la densidad de paro es menor que en otros muchos países. Y los censos de desocupación, desde luego inferiores a los que se registraban en tiempos anteriores al Movimiento. Sin

embargo, el acumular de gentes llegadas de otras provincias —muy remarcadamente de la ruralidad— significa, forzosamente, conflicto, aumento de las dificultades que, de un modo natural, ofrece la vida.

Pero hay que considerar algo más que la perturbación que el éxodo puede representar para las grandes urbes. El campo necesita brazos. La prosperidad de los pueblos requiere la presencia de quienes en ellos pueden trabajar. En esta etapa de resurgimiento, cuando las transformaciones agrí-



CORRIENTES MIGRATORIAS

MENSUALMENTE, y con admirable puntualidad, la Sección de Estadística del Ayuntamiento madrileño nos informa del movimiento demográfico. Entre esos datos, hay uno que me ha hecho meditar más de una vez. Lo considero digno de estudio. Se trata de la inmigración. Los que residen habitualmente en los medios rurales sienten la atracción





colas son tan importantes y se desarrolla, por todas partes, una intensa actividad de industrialización, los desplazamientos causan verdadero quebranto en el orden económico. ¿Se puede evitar que la emigración de los medios rurales prosiga en forma ascendente? Es evidente que sí. Y hay un

remedio sustancial, de más eficacia que todos los demás. Nadie siente el impulso de cambiar de ambiente y de instalación cuando se encuentra a gusto. La solución, pues, está, primordialmente, en crear los elementos y fomentar las situaciones que hagan agradable, prometedora, con perspectivas, la vida en los pueblos.

Es, precisamente, ésa la evolución que estuvo detenida durante años y años y que la orientación actual quiere impulsar de un modo decidido. Los Institutos laborales, la enseñanza profesional, los cursillos agrícolas, el convertir miles de hectáreas poco productivas en espléndidos regadíos, la obra de colonización, las viviendas higiénicas en los pueblos, las comodidades, constituyen el amplio programa que puede retener a las gentes, cortando el instinto de marcharse de sus lugares de residencia y trabajo. He aquí un cometido que corresponde, en buena parte, a las Diputaciones, al intensificar las prestaciones de todo orden a los pueblos de cada demarcación. Es necesario modificar, de arriba a abajo, la estructura social y económica de extensas zonas de la geografía española, para despertar en sus moradores un deseo de permanencia, que sea el antídoto de la propensión actual a buscar otros emplazamientos. Cuando se llegue a instaurar, con seguridades de continuidad, un bienestar que no justifique el ansia de evasión, el cambio psicológico se habrá producido.

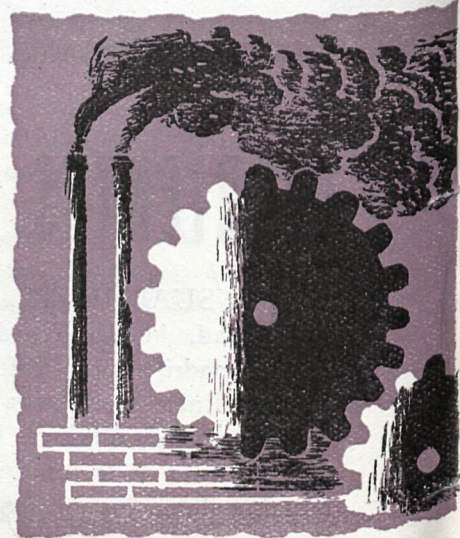
Acaso es una razón de psicología —elemental y sencilla, sin excesivas complicaciones— la que determina los espejismos que promueven el afán de nueva vida. Se viaja más, con facilidades que no existirían. Ya no tiene vigencia aquel apego al terruño, que mantenía a las gentes en sus aldeas, en sus pueblos. Y la indudable influencia del cine y la radio, presentando paisajes humanos de carácter totalmente distinto a los que rodean al hombre en el lugar en que nació y desarrolló su infancia, es incentivo para la ilusión de acudir a las ciudades, para luchar y abrirse paso. Si los medios rurales se hacen más confortables y el individuo piensa que en ellos —sin per-

juicio de viajar y conocer otros ambientes— puede hallar lo que necesita para mejorar, ascendiendo socialmente, la atracción, que es muchas veces espejismo, de las urbes, se reducirá hasta límites normales. La aspiración de ser más, es lógica. Una ilusión humana de llegar, de ganar, de alcanzar posiciones más altas, siempre existirá. Pero se habrá cortado el sentido de masa que tienen las inmigraciones, en las capitales, y que en la mayoría de los casos sólo conduce a los irreparables desengaños.

Es necesario, por consiguiente, acentuar la política que ahora se practica, mejorando hasta donde sea factible, la vida de los pueblos. Para la Diputación de Madrid es motivo de orgullo que, en los porcentajes de aumento del censo capitalicio, no sean los naturales y vecinos de la provincia los que representan mayor número. Vienen más de otras partes. La obra que se está realizando para dotar a nuestra ruralidad de todo lo que le faltó a través del tiempo, puede ser



un factor decisivo para detener las corrientes migratorias. Y si ese mismo criterio, eficazmente servido, caracterizase a las restantes Corporaciones provinciales y a los Ayuntamientos que las integran, el fenómeno, que tan hondas perturbaciones determina, se atenuaría hasta quedar en unas proporciones normales, admisibles, sin el endémico empeño de movilizaciones humanas que estamos sufriendo en la actualidad.



F. C.